



91)

Chelo Mil

La desnudez de los perros

La desnudez de los perros

Chelo Mil

des nudo

Editorial Digital

La desnudez de los perros

Voy siempre al bar que queda a la vuelta de casa, por Pellegrini. El trato es terrible (varias veces me trataron como basura), pero es barato y tiene la ventaja de que tiene muchos diarios, por lo menos uno local y uno nacional, y varias copias de los mismos. Entonces hay un rato de lectura asegurado, mientras se toma un cortado, o un café con leche con medialunas en el desayuno, o la merienda.

Lo del maltrato varía, a veces es algo sutil, pequeños gestos de desprecio, y otras es algo contundente, como que llega la moza y te pregunta: ¿Qué querés?, mirándote fijo a los ojos con furia, como si fueras la última persona en el mundo que ella quisiera ver en ese momento.

Pero yo sigo yendo, estoy como atrincherado en Sambayón. Los días de sutileza leo y disfruto la brisa en la vereda, los otros trato de que la violencia no me afecte y, en algún punto, le debo dar el gusto a mi parte masoquista, que por ahí anda, navegando por mi inconsciente.

Ayer fui al bar.

Era ya la tardecita de un día de primavera que había sido muy caluroso, pero ya empezaba a refrescar un poco. Llegué y me senté en una mesa de la vereda, que tenía sombra y estaba al lado de los nuevos y relucientes canteros ahora al nivel del piso.

A los pocos minutos llegó la moza. Tenía, como siempre, las calzas negras y la remera amarilla, con el logo del bar a la altura del corazón, sobre él. Podríamos decir que su corazón latía al ritmo de Sambayón, que ella amaba su trabajo, y no (para nada) que estaba en negro¹, que se la pasaba corriendo las seis horas de su turno y que estaba harta de su vida.

1 El escritor de estas líneas sabe que debería hablar de trabajo informal y no hacer referencia a un color, pero decidió dejar de lado al Super-Yo-INADI.

Era la chica joven, la de pelo negro y largo. Porque hay otras. Está la también joven pero rubia, y la vieja, que es la más agresiva.

- Hola -me dijo. Tenía la mirada que me miraba, se dirigía a mí, pero al mismo tiempo me trascendía, me atravesaba, iba mucho más allá, al infinito. Era como que ella estaba ahí pero no estaba, se había ido lejos. Ella era una presencia, una especie de virtualidad de ella misma.

- Hola, ¿qué tal? -le respondí. Por su puesto que mi pregunta fue de carácter formal y puramente retórico. Yo no esperaba una respuesta, sólo que me atendiera con la mayor amabilidad, o respeto, posible.

- ¿Qué te traigo? -retrucó. Una leve, leve, leve y pequeña sonrisa quiso aparecer en sus labios. Sin dudas era un buen día.

- Lo de siempre -dije canchero y feliz de que no iba a ser tratado como basura.

- No sé qué es lo de siempre -dijo, llenando el aire de palabras que me desconcertaban.

- ¿Perdón? -dije.

- Que no sé qué es lo de siempre -repitió, ya sin sonrisa alguna.

- Pero, vengo casi todos los días, y siempre pido lo mismo, ¿cómo que no sabés?

- No, no sé. Sucede que venís seguido pero hoy no sos el mismo que ayer, nunca sos el mismo. Cada día, cada persona experimenta cambios, variaciones, y en ese contexto lo de siempre se vuelve inasible, irreal -dijo con cierta inspiración y acompañando sus palabras con ademanes de las manos- ¿Conocés la obra de Heráclito? -me preguntó después.

Hubo un momento de silencio. Yo estaba sorprendido y con algo de susto. La miraba como si ella fuera un alien.

- ¿Heráclito? -articulé finalmente- Mirá, yo vengo acá a tomar algo y leer un rato el

diario, que es un mazacote de papel y tinta repleto de certezas. La filosofía plantea preguntas, y eso me incomoda, me saca de eje -le expliqué.

- Sí, pero... -intentó decirme.

- No, esto no es el Primer Año Común, esto es un bar. Perdoname, pero te voy a pedir que me traigas un cortado en jarrita, liviano. Eso es lo de siempre -le dije, intentando ubicarla.

Hubo otro silencio. Su cara mostró un gesto de disgusto.

- Perfecto -concluyó. Se dio vuelta, caminó unos pasos y se metió al bar para preparar el pedido.

En la mesa de enfrente había un hombre sentado. Por las sillas que ambos elegimos estábamos sentados uno frente al otro, pero con cierta distancia y dos mesas en el medio.

En un momento levanté la mirada del diario y vi que me miraba, fijo. De manera constante. Volví al diario. Estuve un rato leyendo mis dos secciones favoritas: los avisos fúnebres, donde repaso las fotos de los hombres y determino si me gustan o no (y si hubiera tenido algo con ellos), y las cartas de lectores, ese espacio para ciudadanos indignados que experimentan por un día el poder (ya algo obsoleto gracias a internet) de los medios masivos de comunicación.

El hombre me seguía mirando. Tendría entre treinta y cuarenta años. Pelo corto entrecano, barba de unos días, buenos brazos, robusto. Estaba bueno. Ahora me miraba con toda su libido en las pupilas, se mordía el labio inferior y se agarraba el bulto a través del jean con la mano derecha, por debajo de la mesa.

La situación era muy fuerte, y tuve una erección. El tipo tenía algo animal que me calentaba.

Empecé a preguntarme si lo que estaba pasando tenía algo que ver con la seducción.

O sea, si lo que estaba haciendo el tipo se podía llamar seducción. Sin dudas me atraía, pero él no había dicho una sola palabra y, para mí, por algún motivo, la seducción estaba asociada a lo discursivo. La imagen que yo tenía de seducción era un tipo hablándole a una mina en la barra de un bar, o un boliche, ambos con una copa en la mano, disfrutando de la noche. Reitero, hablándole.

Pero intentemos resolver mi duda, vayamos al diccionario. La RAE² dice:

Seducir.

(Del lat. *seducĕre*).

1. tr. Engañar con arte y maña; persuadir suavemente para algo malo.
2. tr. Atraer físicamente a alguien con el propósito de obtener de él una relación sexual.
3. tr. Embargar o cautivar el ánimo.

Bueno, el verbo proviene del latín y es transitivo. La primera acepción es interesante, porque es de carácter negativo y da cuenta de que en nuestra lengua, al menos en este término, pesa más el engaño y la maldad, que el deseo o lo sexual.

La segunda acepción resuelve de manera clara mi duda: el tipo definitivamente me estaba seduciendo.

Y yo ya no sabía más qué hacer, cómo reaccionar. Ya había dejado el diario sobre la mesa y de a ratos daba un sorbo a mi café, pero siempre mirando al bulto del tipo por debajo de su mesa.

En un momento, después de haberse dado cuenta de que yo estaba conmovido por lo que él hacía, me hizo señas como para entrar al bar, seguramente para ir al baño de hombres. Asentí con un ademán de la cabeza.

Primero se levantó él, entró al bar y se dirigió al baño. Yo esperé unos minutos para disimular, e hice lo mismo.

No voy a entrar en detalles pero puedo decir que la cogida fue asombrosa. Sexo casual

2 Real Academia Española

y fuerte en un lugar semi-público. La intensidad fue tal que no pude evitar gemir, y a un volumen y con una estridencia tal, que es imposible que los jubilados que poblaban el bar no me hayan escuchado.

Al volver a mi mesa, en la vereda, prendí un cigarrillo. Era el momento ideal para fumarse un cigarrillo.

Mi cara tenía impresa una sonrisa, podríamos decir, luminosa.

Estaba allí, mirando el tránsito y pensando en nada, cuando se acercó un perro, de la calle, sin dueño. Tenía el pelaje marrón con algunas manchas negras. Era hermoso y tenía todos los otoños del mundo en su mirada. Me miraba como pidiéndome algo. Seguramente tendría hambre, o sed, pero yo sentía que había algo antiguo, quizás ancestral, en su expresión.

Pasé mi mano sobre su cabeza y su lomo. Lo acariciaba como a un viejo y querido amigo caído en desgracia, pero libre. Tan libre que paseaba su desnudez por las calles de la ciudad.

El perro estaba desnudo. Y no había escándalo alguno. Nadie se sorprendía, ni lo señalaba, ni llamaba a la policía.

Esa es la suerte de los perros, la desnudez constante. Macho o hembra son puro instinto. No construyen género, no construyen cultura. Ladran, sí. Pero no tienen lenguaje. No conocen la palabra desnudez, y no saben que la llevan como bandera, como orgullosa insignia. No conocen la palabra vergüenza, y por lo tanto no la sienten. No están atravesados por un alfabeto, ni por tramas de significantes. No reconocen sintagmas, y su sentido se les escapa.

Pero hay una palabra que reconocen, y esa palabra es su nombre. Podemos pronunciarlo con suavidad o gritarlo, y ellos vuelven. Ojalá nuestras relaciones fueran tan

sencillas.

Estaba en mi mesa, reflexionando sobre estas cuestiones y acariciando al perro, cuando de repente apareció la moza. Se paró frente a mí y yo, al estar sentado, la miraba desde abajo y sentía que ella era alguien importante. Me di cuenta de que intentaba mostrarse enojada, pero, al mismo tiempo, casi se le escapaba la risa.

- Mirá -me dijo- Estuve hablando con el encargado y me dijo que no se puede coger en el baño, que por favor no lo vuelvas a hacer.

La sombra del actor

De vez en cuando vengo a Pasaporte. Queda a sólo unas cuadras de casa y es un rincón especial de la ciudad, de Rosario. Está donde la calle Maipú termina (¿o empieza?) y cruza con Urquiza y sus adoquines. Tiene al palacio de la vieja Aduana enfrente, las mesitas en la vereda, debajo del árbol, las sillas de madera, o mimbre, y la brisa por las noches; algunas cosas que hacen al encanto de este bar. Además las mozas me conocen y son amables conmigo. Hace tanto que vengo que ya conocen mi historia. Saben que detrás de este viejo barbudo y canoso, robusto y dueño de una elegancia informal, hay toda una vida dedicada a la actuación. Sí, soy actor. Y debo decirme a mí mismo que todavía lo soy, aunque ya no haya tantos papeles, aunque a veces extrañe al público. Hace unos años una de las mozas me vio actuar, cuando representé a Belgrano, en los recorridos nocturnos por el Monumento que organiza la Municipalidad. Cuando ella me lo contó, acá, uno de los días posteriores, estaba emocionada, tenía húmedos los ojos.

¡Justo! Ahí viene Claudia. Por la hora que es, las once de la noche, ya debe estar cansada. No se le nota.

- ¡Hola Carlos! ¿Cómo andás? -me dice, tan simpática como siempre.

- Bien, mi amor -le respondo- Hoy es un día especial ¿sabés? Es el cumpleaños de Adrián. Así que me voy a quedar un buen rato acá.

- Hasta que amanezca ¿no? -dice, con una expresión de complicidad.

- Sí, linda. Se ve que me conocés bien.

- No hay ningún problema. Te traigo lo de siempre y después me vas diciendo. Ahora te dejo, como verás estoy a full -concluye.

Sigue atendiendo a los otros clientes, que ocupan todas las mesas y crean, de manera grupal e involuntaria, como un coro casual y despistado, un murmullo constante. De ese

murmullo a veces sobresalen palabras, frases e incluso anécdotas, que a mí me toca escuchar: un viaje relámpago a Barcelona, pormenores de un trabajo de modelaje en Buenos Aires, negocios varios. Pero así como escucho las exóticas historias ajenas, las dejo pasar. Hoy mi cabeza está sólo para pensar en él (que no es Néstor), él que fue mi pareja, con quien viví un amor grueso y profundo, y a quien extraño.

Adrián y yo nos conocimos en el centenario del nacimiento de Federico García Lorca, en un homenaje que se hizo en la vieja Escuela Nacional de Teatro y Títeres, cuando todavía estaba sobre la peatonal Córdoba. La obra surgió como una iniciativa de un grupo de alumnos de tercer año, y yo acepté el doble papel de director y actor.

El mayor desafío era la dirección: tenía que primero tener en la cabeza y después plasmar, cuidando cada detalle, esas tres escenas que representaban la vida de Lorca en la Residencia de Estudiantes, en el Madrid de 1920. El espectador tenía que percibir ese clima único de libertades, amores, artes, vanguardias e intelectos. Por otra parte, como actor, tenía que interpretar a un torero y hombre de letras amante de Lorca, en una escena con algo de romance, algunas líneas de diálogo y un desnudo total, el mío. Paradójico, pero el chico que hacía del poeta no se animaba a mostrarse sin ropa, así que tuvimos un Lorca algo pudoroso. Pero no había problema, con que mi personaje mostrara la piel bastaba. En ese entonces yo estaba en mis cuarentas, y todavía podía mostrar el cuerpo. Atravesé toda la etapa de ensayos en calzoncillos, y podrán imaginarse lo que fue eso, cómo nos divertimos, tantas veces hasta las carcajadas.

Adrián se ocupaba de las luces de la obra, y desde el primer momento fue muy amable. No es que eso me sorprendiera, todos en la Escuela eran amables (y en general, en el ambiente del teatro es un placer trabajar, será porque ninguno de nosotros tiene un peso pero todos hacemos lo que nos gusta, y eso genera una buena dinámica, hace que las

cosas fluyan de otra manera, incluso las relaciones), pero en su amabilidad ya había algo extra, había como una marca, un subrayado sutil. Era algo inquietante y seductor. Igual él me gustó desde un principio. Tenía un bulto generoso y era unos años menor que yo, pero desde lo físico mostraba cierta madurez. La barba entrecana quizás, o la masculinidad sin fisuras. Cuando yo le daba las instrucciones, le decía lo que quería para la obra, él me miraba con toda su atención, como si el mundo más allá de mí fuera un fantasma ya cansado de aparecer, ausente. Además nos reíamos mucho, y no sólo por el tema de que mi única pieza de vestir fueran mis calzoncillos. Él tenía un humor poblado de ironía, y cada tanto algún comentario suyo, o tan sólo una mirada y un movimiento de cejas, me hacían reír fuerte, como cuando era niño.

La noche del estreno estábamos todos muy nerviosos, pero eran esos nervios buenos, que crean como un estado de alerta y aumentan la precisión, para que todo salga bien. Y de hecho todo salió bien. La escena con Dalí y Buñuel; la de la taberna, con tumulto incluido y, mi escena, la del romance y el desnudo. Debe haber habido un ángel, porque esa escena salió perfecta, fue emocionante. Y los aplausos fueron un bálsamo, una caricia profunda para premiar tanto trabajo.

Después de la función fuimos todos a festejar y cenar a la Pizzería Argentina, donde nos quedamos un buen par de horas. Con Adrián nos sentamos uno al lado del otro, y ya empezaron las cargadas, había algo que se notaba, que era evidente, hasta para los demás. Brindamos por Federico, por su ángel, y por la verdad de sus últimas palabras: aquellas balas crueles, cobardes y franquistas no pudieron acabar con él.

Con el amanecer y algo borrachos nos fuimos, y Adrián me invitó a su departamento. Lo primero que hicimos al llegar, ya en la intimidad, fue abrazarnos, y mirarnos así, tan de cerca. En su pupila estaba mi reflejo, y mi reflejo nunca había tenido un mejor soporte. Ese primer beso, que vino después, fue una maravilla, una especie de umbral hacia otro

sitio, novedoso, luminoso. Nuestra piel estaba encendida y parecía tener la profundidad de un océano. Y el sexo: tanta libertad, tanto placer, tanto amor que estaba naciendo. La cogida tuvo muchos matices, y algunos de estos fueron ternura, virilidad y lágrimas de emoción.

No nos separamos nunca más, hasta el día en que él tuvo que irse.

Miro el reloj y son las tres de la mañana. Esta noche el tiempo es tan fugaz que me asombra. Doy los últimos sorbos a mi segundo cortado, está sabroso. En todo el bar sólo quedamos otro cliente, adentro, y yo, afuera. El silencio me parece hermoso. Me siento pleno. Me pregunto si el bar ya estará por cerrar, y justo la veo a Claudia que sale y se dirige hacia mí. Sonríe, pero ahora sí, está cansada, y se le nota.

- Estoy devastada -me dice.

- Y sí, estuviste de acá para allá toda la noche -le digo, comprensivo.

- Sí, pero bueno, ya me voy. Carlos, en un rato el bar cierra, pero ya le avisé al encargado que vos te quedás. ¿Te traigo algo más? Última oportunidad... -me advierte.

- Dale, un capuchino, y no te molesto más. Y gracias por todo -le digo, con una sonrisa franca.

Estoy solo. El bar cerró y no hay nadie más que yo. Estoy esperando que amanezca, para cumplir con este pequeño ritual, personal, íntimo. Mientras, sigo recordando a Adrián, nadando en las aguas frescas de la memoria, y rescatando momentos. Como cuando íbamos al cine, a ver las de terror que a él le gustaban. Él tenía una teoría con respecto al género: decía que de vez en cuando estaba bueno pagar para sentir miedo, que el capitalismo había convertido al miedo en mercancía, y había construido toda una industria, legal, sincera, para producirlo. No como los noticieros, cuya función es informar

y musicalizan sus informes, justamente, como una película de terror. Para él, el cine era el lugar indicado para sentir miedo, no otro. Pero más allá de su particular análisis, nosotros la pasábamos bárbaro. La salida al cine era sinónimo de diversión. Como dos adolescentes comprábamos pororó y gaseosa, o café en mi caso, y nos sentábamos en la última fila. Ni bien bajaban las luces él pasaba el brazo por detrás mío, y empezaban las caricias, y los besos. Eso sí, en silencio.

Amanece. El sol, que para otras civilizaciones fue deidad, vuelve a aparecer. Los pájaros comienzan a trinar. Las estrellas huyen, la luna resiste. A lo lejos el ruido de algún colectivo, que vuelve a atravesar la ciudad. Me paro y empiezo a caminar. A sólo unos metros llego a las escaleras que dan a la avenida Belgrano. Y allí la veo. Larga y desparramada sobre los escalones naranjas. Mi sombra. La prueba fehaciente de que tengo un cuerpo y es opaco, de que ocupo espacio, de que sigo vivo, a pesar de que Adrián decidió irse a vivir a Europa con su nuevo amor.

La nobleza del chanco

El monumento al barquito de papel, giro a la izquierda por la rotonda, hago unos metros por Francia y agarro Arenales. Atravieso esa cuadra, esa única cuadra que es todo barrio, o pueblo, o siglo XIX, no sé bien cómo definirla, pero sé que su atractivo reside en contrastar de manera brutal con las torres nuevas de Puerto Norte. Llego a la esquina y veo a El Bodegón, ese rincón de Refinería que está desde 1903 y es un encanto, donde además atienden tan bien y sirven tan rico.

Dejo la bicicleta apoyada en la baranda y empiezo a analizar qué mesa voy a ocupar. Es temprano y soy el único cliente, así que tengo varias opciones. Me decido por sentarme afuera, en la mesa que tiene más sombra, la que está debajo del árbol, porque en esta mañana de domingo el sol ya es una variable a tener en cuenta.

Estoy algo agitado, y transpirado, pero con el fresco que corre me siento a gusto. También tengo hambre: en casa sólo tomé unos mates, y el pedaleo despertó mi apetito. Me desayunaría el planeta.

Mientras espero que me atiendan, miro mi bicicleta (y lo voy a tener que hacer seguido, para que no me la choreen). La tengo hace más de una década, pero todavía anda bien y soporta sin problemas mis noventa y cinco kilos. Es una de paseo, inglesa, de color negro y algo oxidada. Ahora están de moda: ya dos veces me preguntaron si la tenía en venta, pero, una vez que la moda me favorece, no me voy a desprender de lo que me hace *cool*. Eso sí, tendría que reciclarla, dedicarle un fin de semana para ponerla a punto y pintarla.

Miro hacia el bar y a través de la puerta aparece Charly, el dueño.

- ¡Cacho! ¿Cómo andás? -me saluda.

- Hola macho, bien, vengo a morfar un poco, como siempre. ¿Cómo va todo? -le pregunto.

- Bien, bien, empezando el día de laburo -me dice con una sonrisa- ¿Querés decirme qué te traigo? La moza viene dentro de un rato -me explica.

- Dale. Traeme un desayuno completo. Café con leche, tres medialunas, tostadas con manteca y dulce, y un exprimido, grande. A esta panza de alguna manera hay que mantenerla -bromeo. El chiste le provoca gracia, se ríe. Pero el chiste es también un acto de sinceridad. Mi chopera velluda seduce, y mucho, y de verdad me interesa mantenerla. Hay algo en las minas, les gusta sentir todo este peso encima, las calienta.

- Bien, completísimo el desayuno. Decime, las medialunas, ¿saladas o dulces? -me pregunta.

- Si tenés las de manteca, saladas -le respondo.

- Sí, tengo -afirma- Che, cuando viniste seguro pasaste por el barquito de papel: ¿qué te parece? Nunca te lo pregunté -me dice, con cierta curiosidad.

- Mirá, me parece que la idea está buena, pero hay algo que me hace ruido. Por un lado Rosario está sobre un río y pasan barcos todo el tiempo, entonces la referencia a lo fluvial está bien. Pero el monumento es demasiado perfecto y simétrico como para representar un barquito de papel. Es como si remitiera a una infancia robótica, a un androide de barrio Martín que intenta imitar la conducta humana -le contesto. Él se ríe.

- Yo lo único que sé es que dos arquitectos ganaron un concurso, e hicieron eso. A alguna gente le gusta, a otros no -me comenta.

- ¿Y a vos? ¿Qué te parece? -le pregunto.

- A mí me da igual. Bueno, voy a encargarme lo tuyo -concluye, y entra al boliche.

Morfar, uno de los grandes placeres. Después de amar y coger, es lo que más disfruto. O sea, tercer puesto. Entre la infinidad de verbos en infinitivo que tiene nuestra lengua, una medalla de bronce. No está nada mal.

Esos tres placeres, ahora que lo pienso, están vinculados entre sí. Imaginemos la mujer que amo: sin dudas con ella vamos a coger, vamos a pasar horas explorándonos, recorriendo nuestra piel, gozando; pero también podemos pensar en la cocina como escenario, y en ella y yo charlando, poniendo la mesa y saboreando el aroma del rico pollito (o puchero, en invierno) que se está cocinando. Después de todo también hay amor ahí, sobre la mesada.

Aunque debo decir que amar, a esta altura de mi vida, se convirtió en algo raro, poco frecuente. Hoy es sólo algo que podemos imaginar. No digo que no pueda pasar, pero ya hay varias décadas entre mi adolescencia y yo, y con el paso del tiempo uno empieza a poner las energías en otras cosas.

Por otro lado, para mí coger es algo cotidiano. Mi virilidad y mi deseo están intactos. Sin ir más lejos ayer cogí, con Mariana. Con ella tenemos mucha piel y una dinámica particular: yo la domino con sutileza, y ella disfruta como loca. Llegué a su casa y apenas me hizo pasar, le metí la mano en el pantalón y le puse el dedo gordo en el culo. Lo levanté, penetrándola, y pude sentir su entrega y ver su gesto de placer, ya que estábamos cara a cara, y bien cerca. Así unos minutos, mientras yo le preguntaba cómo andaba mi putita, y si me había extrañado. Después la solté y pasamos al comedor. Cuando me empecé a bajar la bragueta ella, que ya sabe lo que tiene que hacer, se desnudó y se puso de rodillas.

- No, no, esperá -le dije cuando me estaba por empezar a chupar la pija- Hoy tengo una sorpresa -le expliqué, y saqué el pote de yogur que tenía en el bolsillo del saco.

Ella miraba expectante. Lo destapé y puse mi verga adentro, de alguna manera cogí al yogur antes de cogerla a ella, pero no fue fácil, mi verga es gruesa y apenas entraba en el pote. Después la saqué y estaba bañada de blanco.

- Ahora sí, empezá -le ordené.

Al rato pasamos a la cama, donde la puse en cuatro y le puse yogur en el culo. La cogí fuerte y durante un buen tiempo. Desde atrás yo le manoseaba las tetas, esas tetas enormes y hermosas que tiene. Ella gemía. El agua de nuestra transpiración al caer se mezclaba en la colcha con el yogur. Estuvo genial.

La última medialuna de manteca. La mojo en el café con leche, me acerco a la mesa para no chorrear, y me la llevo a la boca. Una delicia. Tomo un poco de exprimido de naranja. Ahora es el turno de las tostadas. Unto varias con manteca y a algunas les pongo dulce de leche y a otras mermelada de durazno. Soy generoso con las cantidades, quiero que los sabores inunden mi paladar al comerlas. Están ricas. Al rato le doy otro sorbo al café con leche. No sé qué café usan acá, pero es más que digno.

Miro hacia la calle. Un vecino pasa caminando. Es morocho, delgado y tiene el pelo largo, atado con una colita a la altura de la nuca. Parece que va a seguir su camino, pero no. En un momento gira la cabeza y me ve. Frena. Da unos pasos en dirección hacia mí.

- Eh, maestro, amigo, ¿no tenés un cigarrillo? -me dice fuerte, casi gritando, con una voz áspera y una cadencia extraña, que no logro interpretar con precisión, pero que me dice que por algún motivo está destruido.

- No, macho, no fumo -le digo, con cierta amabilidad y una sonrisa, tratando de ponerle onda.

- ¿Y una moneda? -replica rápido. Empiezo a sentir que está determinado a obtener algo, lo que sea. En la billetera tengo algo de cambio, decido dárselo.

- Sí, macho, tomá -le respondo. Estiro el brazo con setenta y cinco centavos en la mano. Él se acerca y los agarra.

- Gracias -me dice. Al verlo de cerca noto que tiene algunas cicatrices leves en la cara.

- De nada, que estés bien -le digo.

Cuando se está yendo ve mi bicicleta. Agarra el manubrio. Mi corazón late fuerte, me va a afanar. Gira la cabeza y con un gesto entre perverso y alegre me pregunta si la bicicleta es mía.

- Sí, macho -le respondo, con una voz teñida de susto, y resignación.

- Cuidala -concluye. La suelta y ahora sí, sigue su camino.

A mí me da igual. Barriles zaguán. Los luz que regresaran, balde aparentaron fugaz. Sobre los mesa. Sobres viajará apretaron. Unos encanto aquella caminar las sendero. Dueña, zapatillas azul, termo cándida. Parlantes quiso blancuzco sintagmas.

Homosexualidad. Homosexualidad. Homosexualidad.

Cuidala. Huir nada. Cansado el sutilezas, entrepierna vacaciones. Plurales, las topo amarilla. Éxito Magallanes. Solo querrá alumbraría despistado. Retuvo algunas escándalo. Fronteras, cuarzo, valiente, tanguitas. Las sol, el penumbras.

- ¡Cacho! ¡Estás roncando! -me despierta la moza.

- ¿Qué? Ah, me quedé dormido -atino a decir apenas abro los ojos.

- ¿Soñaste algo lindo por lo menos? -me pregunta.

- Algo soñé. Estaba de nuevo en la primaria, y yo escribía lo que dictaba la maestra.

Frases sin sentido. Qué sé yo, es lo único que me acuerdo -le miento, y en mi memoria destella la palabra "homosexualidad" repetida tres veces. Ella sonrío.

De repente me acuerdo de la bicicleta y miro hacia donde estaba. Sigue ahí. La moza percibe mi fugaz preocupación y me dice que ella la vigiló por mí durante mi pequeña siesta.

- ¿Te traigo algo más? -me pregunta ahora.

- ¿Tenés alguna porción de torta? ¿Algo rico? -le respondo con más preguntas.

- Hay rogel, o una de chocolate que está buena -me informa.
- Traeme la de chocolate -le pido.
- Dale -concluye, y pasa a atender otras mesas.

Mientras saboreo el bizcochuelo húmedo y frío, con dulce de leche y crema, trozos de frutilla fresca y un baño denso de chocolate repostero, siento que ese sueño que tuve despertó algo en mí: en él lo único que tenía sentido era la homosexualidad, ésta era un oasis de sentido, en un desierto de agramaticalidad.

Miro hacia la calle y veo que el mismo vecino de antes vuelve a pasar, ahora en el sentido contrario. Tiene el pelo suelto y el sol, como una luz cenital sobre un escenario de teatro, lo ilumina de manera tal que embellece su cara, y sus cicatrices parecen detalles que suman distinción. Podría decirse que respira elegancia.

Me paro y me dirijo hacia él. Interrumpo su camino y antes de que me pueda decir algo me acerco a su oído y le susurro algo.

- Dale -me dice. Comienza a desvestirse. Primero se saca la remera y la tira al suelo. Se queda en cueros. Después se desabrocha el cinto y deja caer sus pantalones, hasta los tobillos. Con los pies se saca las zapatillas y el jean ya hecho un bollo. Desnudo por completo me mira, como buscando aprobación, y se da vuelta. Apoya sus manos en la baranda.

Lo miro por un momento: su piel trigueña brilla y tiene un culo hermoso, redondo, turgente. Ya tengo una erección de proporciones bíblicas. Me acerco. Me bajo el pantalón y empiezo a penetrarlo. Con una mano le agarro la cadera, para manejar la profundidad y el ritmo de los pijazos, con la otra le tomo el pelo, para que el control sea total. Él gime, yo disfruto como pocas veces en la vida.

Estamos en el medio de la calle, a la vista de todos. Los clientes del bar nos miran con la boca abierta. La moza le fue a avisar al dueño y hasta el ayudante de cocina salió a la vereda para ver qué pasa. Charly dice que no va a llamar a la policía, que soy un loco, pero que hace años vengo al bar, y además coger no es un crimen.

Me subo la bragueta, me seco la transpiración y me acomodo un poco el pelo. Mientras, veo a mi amante ponerse la ropa de nuevo: el jean, el cinto, la remera y las zapatillas. Su cara muestra una sonrisa constante. Cuando ya está vestido, me mira a los ojos, sin decir nada, por unos momentos. Después agarra el manubrio de su nueva bicicleta, se sube y comienza a pedalear.

Legales

©2016 Marcelo Darío Milman

La desnudez de los perros – Narrativa – 2015/16

Desnudo Editorial Digital - eBook

Enero 2016

Argentina

Versión 1.01

Sos libre de compartir, copiar o distribuir este eBook a través de cualquier medio digital, respetando la atribución.